

Oda XXII, Libro III; Ovidio, en las Metamorfosis, Libro VII, verso 94, y Séneca, en la escena I del Acto I de Medea.

A Hécate se inmolaban los perros, tal vez porque la diosa de los infiernos hacía desaparecer los espectros y las almas de los muertos, cuando ladraban los perros.

Teócrito, en el Idilio II, dice que hasta los perros temían á la terrible Hécate, cuando la veían pasar entre las tumbas de los muertos.

Séneca, en su tragedia el Edipo, Acto III, verso 569, dijo:

Latravit Hecates turba.

En Medea, Acto IV, versos 840 y 841, dijo también:

*ter latratus
Audax Hecate dedit.*

Valerio Flaco, en sus Argonáuticas, Libro VI, versos 112 y 113, dijo:

*Latratuque cohors, quanto sonat horrida Ditis
Ianua, vel superas Hecates comitatus ad auras.*

Véase también Horacio, Sátira VIII, Libro I, versos 33 y 35.

Hesiodo, en su Teogonía, hace de Hécate la preferida de Júpiter entre todas las diosas, y es á quien se invoca en todos los sacrificios expiatorios.

COMENTARIOS



LIBRO I.—ELEGÍA I.

La elegía I del Libro I, que es, según la sabia clasificación de Dissen, la primera de las Delianas, es, sin duda, aquella cuyo texto ha sufrido mayores cambios y trasposiciones.

Escaligero, en su edición de 1577, inició el período de las trasposiciones aventuradas, apartándose del orden de los M. SS. y su texto fué casi invariablemente seguido en todas partes, hasta que los trabajos de Vulpio y de Heyne restablecieron el texto adoptado en la segunda Aldina de 1515.

El orden en que Escaligero colocaba la Elegía I, es el siguiente: antes de los versos 7 y 8, ponía el 9 y

el 10, y en seguida, y después del 10, los versos 29 á 32, el 35 y el 36; después del 11 al 24, luego los versos 37 al 40, y en seguida los versos 33, 34 y 41 al 50. Tras del 50, los versos 25 á 28, y del 51 al 58. En seguida, colocaba dos fragmentos de la Elegía II del Libro I, los versos 71 á 78, y 65 á 70, y después, sin alteración alguna, del verso 59 al 76.

Entre los críticos modernos, L. Müller es el único que ha propuesto nuevas trasposiciones. Müller, después del verso 6, coloca los versos 25 al 36; en seguida, del 7 al 24, y luego, del 37 al 78. Müller ha sido seguido por Baehrens en 1878.

Seu stipes habet desertus in agris seu vetus in trivio florida sertis lapis.—La traducción de este pasaje contiene la explicación que de él han dado los críticos. El poeta se refiere, sin duda, á los troncos y piedras que marcaban los linderos de las propiedades, y que eran objeto de adoración en los caminos, y que representaban al dios Término, á Silvano, á Pan y á Priapo.

Ovidio, en el Libro II, verso 641 de los Fastos, habla del culto que los romanos rendían al dios Término, y de las ceremonias que se verificaban alrededor del altar, que con tal ocasión levantaban en el campo, ancianos, mujeres y niños.

Termine, sive lapis, sive es defossus in agro
Stipes, ab antiquis tu quoque numen habes.

Te duo diversi domini pro parte coronant:
Binaque sertis tibi, binaque liba ferunt.

Silvano y Priapo eran también guardianes de los términos de las propiedades.

Horacio, en la Oda II, verso 21 del Libro de los Epodos, dice:

Qua muneretur te, Priape, et te, pater
Silvane, tutor finium!

Libatum agricolae ponitur ante deo.—G. Heyne, en su comentario «Albii Tibulli Carmina quae extant omnia ex recensione F. Wunderlich cum notis G. Heyne,» dice: «Declarat autem poeta se omnium fructuum *primicias* apponere.» Hinc *libatum* «praecertum,» «et ante.»

Ante agricolae deo.—Como lo hace notar Martinson Ph., en el Comentario á su Traducción de Tibullo, página 182, está empleado el singular por el plural. Los dioses de los agricultores eran Pan, Silvano y Priapo.

Por eso Virgilio dijo en el Libro II, verso 493 de las Geórgicas:

Fortunatus et ille, deos qui novit agrestis,
Panaque, Sylvanumque senem, Nymphasque sorores!

Flava Ceres, tibi sil nostro de rure corona spica.

—Según la Teogonía de Hesiodo, Ceres, la Demeter de los griegos, fué hija de Saturno y Rea, y hermana de Vesta y de Juno, la de las sandalias de oro. Ceres, en la Rapsodia V de la Odisea de Homero, arde de amor y se une á Jasón, y tiene como hijo á Plutón. Ceres fué la diosa de la agricultura, la que enseñó á los hombres el uso del trigo, y á quien los sicilianos debieron el cultivo del suelo y las leyes que los acostumbraron á la práctica de la justicia. Diodoro de Sicilia, en el Lib. V, Cap. IV de su Biblioteca Histórica, dice: «Después del rapto de Proserpina, no sabiendo donde encontrar á su hija, encendió sus antorchas en el cráter del Etna, y recorrió muchas comarcas de la tierra. Derramó sus beneficios sobre los hombres, y particularmente sobre aquellos que la recibieron de modo hospitalario, y les comunicó el uso del trigo. Los atenienses, que la habían acogido muy generosamente, fueron, después de los sicilianos, los primeros á quienes enseñó el uso del trigo. El pueblo, agradecido á estos beneficios, instituyó en honor de la diosa los más espléndidos sacrificios, y los célebres misterios de Eleusis.»

Pausanias, en su Descripción de la Grecia, cuenta los viajes de Ceres, su comercio con Neptuno, cómo Pan la descubrió cuando recorría la Arcadia, y los templos que le fueron erigidos, y los misterios instituidos en su honor.

Ovidio, en el Libro IV, verso 401 de los Fastos,

dice también, que fué Ceres la primera que cambió el alimento del hombre.

Prima Ceres homine, ad meliora alimenta vocato
Mutavit glandes utiliore cibo.

Cuenta después el rapto de Proserpina, que tuvo lugar cuando Aretusa había convidado á un festín sagrado á la madre de los dioses, luego relata todos sus largos y penosos viajes, y el interesante episodio del viejo Celeo.

Ovidio, Fastos, Libro IV, verso 615, da una explicación de la costumbre de ofrecer á Ceres coronas de espigas. Cuando Júpiter anunció á Ceres que Proserpina pasaría una parte del año en el cielo, ella se puso sobre sus cabellos una guirnalda de espigas.

Tum demum vultumque Ceres animumque recepit:
Imposuitque suae spicea sarta comae.

En sus fiestas, los labradores ofrecían á Ceres trigo, un poco de sal crepitante, algunos granos de incienso, y también las primicias de sus campos. Libro IV, Fastos, verso 409.

Farra Deae micaeque licet salientis honorem
Detis, et in veteres turea grana focos.

Ya en el Libro II, verso 519, había dicho también Ovidio:

Primitias Cererí farra resecta dabant.

Apuleyo, en la Metamorfosis, Libro XI, consagra á Ceres una hermosa invocación, y la llama reina del cielo y madre de las mieses.

El verso de Tibulo, recuerda lo que Horacio dijo en su Carmen secular.

Fertilis frugum pecorisque Tellus
Spicea donet Cererem corona.

Véase también Ovidio, Las Metamorfosis, Libro V, versos 341 á 343.

Ruber custos ponatur in hortis terreat ul saeva falce Priapus aves.—Priapo, como dice Pausanias, tomo V, Capítulo XXXI, era honrado en muchos lugares, mas particularmente en aquellos donde había rebaños de cabras y carneros, ó enjambres de abejas. Los habitantes de Lampsaco lo honraban más que á cualquiera otra divinidad, y lo consideraban como hijo de Baco y de Venus.

Diodoro de Sicilia, en el Libro IV, capítulo VI, cuenta la historia de Priapo, y refiere, que no sólo se le ofrecían sacrificios en las ciudades, sino también en los campos, y que se le consideraba como el guardián de los frutos de la vid, y en general de los jardines. Priapo es el *hortorum deus*.

Catulo, en las tres Odas que se le atribuyen, XVIII, XIX y XX, explica el papel que á Priapo tocaba des-

empeñar en los jardines, así como los homenajes que se le tributaban, ya coronas de flores en la Primavera, ya guirnaldas de espigas doradas en el Estío, ya uvas y pámpanos en el Otoño, ya olivas verdes en el Invierno.

En la Oda XIX, dice Catulo acerca de las obligaciones de Priapo:

Pro queis omnia honoribus haec necesse Priapo
Praestare, et domini hortulorum, vineamque tueri.

La estatua de Priapo en los jardines, servía para espantar á los pájaros y á los ladrones, y con tal objeto le ataban cañas sobre la cabeza.

El principio de la Sátira VIII del Libro I de Horacio, hace alusión á estas costumbres.

Deus inde ego, furum aviumque
Maxima formido; nam fures dextra coercent,
Obscenoque ruber porrectus ab inguine palus:
Ast importunas volucres in vertice harundo
Terret fixa, vetatque novis considere in hortis.

La estatua de Priapo en los jardines, era teñida de rojo; á eso se refiere el epíteto *ruber* empleado por Tibulo y por Horacio.

Ovidio hizo idéntica aplicación del epíteto *ruber*, ya tratándose de Priapo como Tibulo, ya del *palus ab inguine obsceno* como Horacio.

Describiendo Ovidio las fiestas de Baco, en el Libro I, verso 400 de los Fastos, dijo:

Quique ruber pavidas inguine terret aves,

y más adelante, verso 415, agregó:

At ruber, hortorum deus et tutela, Priapus.

Virgilio, como Tibulo, presenta á Priapo armado de su segur. En el Lib. IV de las Geórgicas, versos 110 y 111, dice Virgilio:

Et custos furum atque avium, cum falce saligna
Hellespontiaci servet tutela Priapi.

Véase también Virgilio, Égloga VII.

Fertis munera vestra Lares.—Los Lares eran los dioses tutelares del hogar y de la familia, los Genios protectores, que ya en la casa, ó ya en el campo, velaban sobre cada persona.

Había varias clases de Lares, los familiares y los viales ó compitales. Á los primeros se les llamaba así porque se les rendía culto en el hogar. Horacio y Marcial, en el Epodo II, y en el Epigrama 58 del Libro III, á la casa de campo de Faustino, han representado en el hogar á los esclavos agrupados alrededor de las estatuas de los Lares.

Como el mismo Tibulo lo enseña en la Elegía X, para tener propicios á los Lares, se les ofrecía uvas

y coronas de espigas, y los que veían cumplidos sus deseos, les llevaban tortas sagradas (Liba), y hacían que sus hijos pequeños les ofrecieran un panal de miel.

Hic placatus erat, seu quis libaverat uvam;
Seu dederat santae spicea sarta comae
Atque aliquis voti compos liba ipse ferebat,
Postque comes purum filia parva favum.

Las fiestas en honor de los Lares se llamaban Larianas, y se celebraban, según dice Macrobio, en las Saturnales, Libro I, Capítulo X, el undécimo día de las calendas de Enero.

Los Lares compitales recibieron este nombre, porque se les rendía culto y se celebraban sus fiestas en las encrucijadas. Macrobio dice en el Capítulo VII del Libro I de las Saturnales, «Judosque ipsos ex viis compitorum, in quibus agitabantur, Compitalia appellitaverunt.»

Por lo que toca á la celebración de las Compitalias, fiestas en honor de los Lares compitales, hay varias opiniones. Suetonio, en la vida de Augusto, párrafo XXXI, dice, que él instituyó dos fiestas anuales. «Compitalia Lares ornari bis anno instituit, vernis floribus et aestivis.» Macrobio cita en las Saturnales, Libro I, Capítulo IV, las palabras mismas del pretor al promulgar dichas fiestas, y de ellas aparece que tenían lugar el noveno día de las calendas de Enero.

«Die noni populo romano quiribus compitalia erunt quando concepta foverint.»

Varrón, en su Tratado de la Lengua Latina, Capítulo VI, 25, dice: como las Compitalias eran fiestas conceptivas, cada año se fijaba el día en que debían celebrarse. «Compitalia dies attributus Laribus Compitalibus; ideo ubi viae competunt tum in competis sacrificatur. Quotannis is dies concipitur.»

Esta opinión de Varrón la confirma el mismo Macrobio en el Capítulo XVI del Libro I, al hablar de la división de las fiestas en estativas, conceptivas, imperativas y nindinas, pues dice: «conceptivae sunt, quae quotannis a magistratibus vel sacerdotibus concipiuntur in dies certos, vel etiam insertos: ut sunt Latinae, Sementivae, Paganalia, Compitalia.»

Durante algún tiempo antes de Tarquino, según Macrobio (Libro I, Capítulo VII), se sacrificaban niños á Mania, madre de los Lares, pero después, por orden del Cónsul Junio Bruto, las fiestas se celebraban de otra manera, y para satisfacer al oráculo de Apolo, se ofrecían á los Lares cabezas de ajos y de adormideras.

Iam modo iam possim contentus vivere parvo.—Este verso ha sufrido muchas variaciones. La lección de los M. SS., seguida por Escalgero y por Pottier, dice: *Iam modo non possum*. Como lo hace notar Martinón, página 183, esta redacción no tiene sentido, aun poniendo *modo non modo iam possum*, y justifican su

redacción en la Nota 25 del Tomo II, á pesar de que el sentido de la frase hace preferible el subjuntivo. L. Müller, dice: *Iam mihi, iam possim*. Mauricio Haupt, página 116, *Iam modo iners possim*. Baehrens, página 3, *Dum modo iam possim*.

Ed placidam soleo spargere lacte Palem.—Pales era la diosa de los pastores y de los rebaños. Como lo dijo Petronio en el Satiricón, CVI: «Palemque pastorum gaudere manu.» Como lo enseña Ovidio, era invocada para que apartara del rebaño las malas yerbas, y alejara las enfermedades de todo género, asegurando la salud de los hombres y de los animales, y de la turba pródiga de los perros vigilantes. En el Libro IV de los Fastos, versos 745 y 746, dice Ovidio:

Adde dapes mulctramque suas; dapibusque resectis,
Silvicolam tepido lacte precare Palem.

Virgilio comienza la tercera de sus Geórgicas invocando á Pales la grande. *Pales veneranda* la llama en el verso 294 del Libro III de sus Geórgicas. Véase en Calpurnio, Églogas II y V, la noticia de los sacrificios hechos en honor de Pales.

Las fiestas en honor de Pales se llamaban Palilias y se celebraban el undécimo día de las calendas de Mayo, aniversario de la fundación de Roma.

Plutarco, en la vida de Rómulo, tomo I, páginas 9

y 10, traducción de Dauban, después de precisar el día de la fundación de la Ciudad, dice: «Antes de la fundación de Roma, celebraban el mismo día una fiesta campestre, que llamaban Palilia.»

Suetonio, en la vida de Calígula, XVI, refiere que este emperador hizo que el día que tomó posesión del imperio fuese llamado Palilia, como si en ese día se hubiese fundado de nuevo la Ciudad.

Dionisio de Halicarnaso, en sus Antiquidades Romanas, Libro I, Capítulo XXI, párrafo III, llama á esta fiesta Pavilia, y no se atreve á decir si ella tenia lugar antes de la fundación de Roma, y se escogió ese día como buen augurio para fundar la Ciudad, ó si después de la fundación consagraron aquel día para honrar á los dioses propicios á los pastores. «Los labradores y los pastores, dice, hacen sacrificios para dar gracias á los dioses por la fecundidad de sus rebaños.»

Propertio, Libro V, E. IV, 73 á 78, parece indicar que las Palilias se celebraban antes de la fundación de Roma; porque dice que era día de fiesta en la ciudad cuando se comenzaron á levantar sus muros, y que tal fiesta se llamaba Palilia.

Urbi festus erat, dicere Palilia patres.
Hic primus coepit moenibus esse dies;

LIBRO I.—ELEGÍA II.

Esta elegía ha sufrido iguales ó mayores cambios y modificaciones que la primera.

El texto de Escalígero y de Broukhusio no contenía más que sesenta y cuatro versos. Los versos 67 á 72 eran los 67 á 72 de la primera elegía. Los 73 á 80 eran los 59 á 66 de la propia elegía primera. Los 81 á 100 eran los 37 á 56 de la elegía quinta del libro I.

El texto de Heyne, que es hoy el más conocido, ha sido seguido por Wunderlich, sin más diferencia que la supresión del verso 25 (véase la edición de Gottinga, 1808, pág. 8), por Haupt (edición de Leipzig, 1885), por Müller (edición de Leipzig, 1892) y por Baehrens (edición de Leipzig, 1878).

Johann Heinrich Voss (edición de Heidelberg, 1811, pág. 9), pone en lugar del verso omitido por todos los comentadores el que aparece en el M. S. del Vaticano.

Securum tenebris me facit ipsa Venus.

Adde merum.—Heyne combate con razón la opinión de Vulpio; *adde merum* no quiere decir «dadme vino;» yo he traducido «dadme más vino,» para expresar con exactitud la idea del poeta que desea embriagarse para obtener el olvido de sus nuevos dolores. Heyne cita el verso del Libro I, elegía IV de los Amores de Ovidio, para mejor inteligencia.

Dumque bibit, furtim, si potes, adde merum.

Lo que el poeta quería beber para embriagarse era vino puro; porque como dijo Macrobio, Saturnales, Libro V, Capítulo XVIII, «vino cui aqua non fuisset admixta, id est, mero.»

Cum postea florea serla darem.—Los antiguos acostumbraban adornar con flores las puertas de la casa de la amada.

Teócrito, en su Idilio II, dice: que no se sabía si Delfis estaba enamorado de un hombre ó de una mujer; pero que llenaba su copa con vino puro para beber por su amor, y que había partido para ir á adornar con guirnaldas la casa donde vivía el objeto de su amor.

Ateneo, en el Banquete de los sabios, dice acerca de esta costumbre:

«Los amantes adornan con guirnaldas y coronas las puertas de sus amadas como si fueran las puertas de un templo, ó para honrarlas más, ó porque creen más bien consagrarlas al Amor que al objeto

Ter cane, ter dictis despue carminibus.—En la misma Elegía, Tibulo dice: «*Despuil in molles et sibi quisque sinus.*»

La saliva fué entre los antiguos, utilísimo medicamento, y el escupir, en determinadas circunstancias, ó cierto número de veces, libraba al hombre, ya de algunas enfermedades, ó ya de malos presagios.

Plinio, en el número VII del Libro XXVIII de su Historia Natural, refiere las virtudes medicinales de la saliva. Untada tras de las orejas con el dedo, dulcifica las inquietudes del alma; sobre los párpados, disipa las hinchazones, y sobre los costados derecho ó izquierdo, cura los dolores.

Pero es costumbre para conjurar el mal, escupir tres veces, á fin de ayudar al medicamento. Á la llegada de un extranjero, ó si alguien veía á un niño dormido, la nodriza debía escupir tres veces.

Plinio dice, que los números impares tenían para todo mayor virtud, y Servio asegura, que dichos números eran gratos á los dioses; porque Virgilio había dicho: Égloga VIII, *Numero deus impare gaudet.* Por eso César, para evitar accidentes en sus viajes, acostumbraba repetir tres veces una fórmula especial, al sentarse en el carruaje.

Escupiendo en el seno, se pedía á los dioses que nos librasen de temerarias esperanzas.

Invitar á alguno á escupir, equivalía á anunciarle una desgracia. Así lo dice Plauto en la escena I

del Acto I de la Asinaria, Diálogo entre Demeneto y Libano.

Dem. Cave sis malam rem. *Lib.* uxoris dieo non tuam.

Concidit at magicos hostia pulla deos.—En las ceremonias de este género, cuando se hacían sacrificios á los dioses infernales, era costumbre inmolar víctimas negras. Por eso Tibulo dice: «hostia pulla.»

Horacio, en la Sátira VIII del Libro I, cuando habla á Canidia con la mayor de las Saganas, se expresa en estos términos:

Scalpere terram
Unguibus et pullam divellere mordicus agnam
Coeperunt.

[En la Eneida, Libro VI, verso 249, Eneas sacrifica á la Noche y á la Tierra un cordero negro. Virgilio dijo:

Ipse atri velleris agnam
Aeneas matri Eumenidum magnaëque sorori
Ense ferit.

Ligdamo, en la Elegía V del Libro I de las Seudotibulianas, sacrifica á los dioses infernales ovejas negras.

Interea nigras pecudes promittite Diti.

Macrobio, en las Saturnales, Capítulo XII del Libro III, dice: que era costumbre, antes de emprender

cualquiera cosa, hacer un sacrificio á los dioses propicios y á los adversos; á los primeros, se ofrecía una oveja blanca, y á los otros negra.

Por eso, dice, se ofrece *Nigram hiemi pecudem, Zephyris felicibus albam.*

Valerio Máximo, Libro II, Capítulo IV, al hablar del origen de los Juegos Seculares, habla de las víctimas negras sacrificadas á Plutón y Proserpina, «*hostias nigras* quae antiquitus furvae dicebantur.»

Censorino, De die Natali, Capítulo XVII, citando á Varrón, de Scenicis originibus; Acrón, el escoliasta de Horacio, oda 8, Libro III, dijo: «*Superis aptior erat alba victima nam dis infernalibus semper nigra offerri debet.*»

LIBRO I.—ELEGÍA III.

Esta Elegía, la segunda de las Delianas, según la clasificación de Dissen, ha escapado á los cambios y trasposiciones aventurados que han hecho los comentadores de Tibulo.

Algunos de sus versos han sufrido, sin embargo, modificaciones, debido á las lagunas que se notan en los M. SS.

El verso 4, «Abstineas avidas mors *precor atra* manus,» tiene la redacción hoy más aceptada; pero en vez de *precor atra*, Bernardino Cileno, dijo: «*violenta*,» y Muret y Escalígero, *modo nigra*. Esta última versión es, según Postgate, la de los mejores manuscritos.

En el verso 12, Muret propuso: «*Rettulit et trines*» en vez de «*Rettulit et triviis*.» Esta lección fué seguida por Broukhusio.

Las otras variantes de los M. SS., y las indicadas por Haupt y por Müller, son de escasa importancia.

Ignotis aegrum Phaeacia terris.—Las tierras de Feacia donde Tibulo cayó enfermo, son las costas de la isla de Corfú.

Illa sacras pueri sortes ter sustulit.—Los niños en las calles echaban suertes que ellos se encargaban de interpretar. Generalmente estas suertes se echaban en el Circo Máximo y en el Foro. Cicerón, en su obra De Divinatione, Libro II, párrafo XLI, dice que las suertes se asemejaban al juego de los dados. Un niño los tomaba con la mano, los mezclaba, y á una señal de la Fortuna los tiraba, para interpretar la suerte. Agrega Cicerón que, según los anales Prenestinos, Numerio Sufucio recibió en sueños el mandato de partir una piedra en dos pedazos, y que al cumplirlo,

de la piedra rota salieron las suertes grabadas en roble con caracteres antiguos.

Cicerón asegura que este sistema de adivinación había caído en desuso, y que, con excepción del vulgo, nadie le daba crédito.

Ovidio, en las Metamorfosis, Libro XV, verso 435, dijo:

Sic dicere vates,
Faticinasque ferunt sortes.

Reddereque antiquo menstrua tura Lari.—A los Lares se les ofrecía siempre flores é incienso; las flores, como dice Aquiles Estacio, dos veces al año, y el incienso una vez al mes.

Cuando en el Prólogo de El Avaro de Plauto, el dios Lar quiere dar una ida del culto excesivo que se le rinde, dice:

Ea mihi cotidie
Aut ture, aut vino, aut aliqui semper subplicat
Dat mihi coronas.

En la misma Comedia, el anciano Euclión refiere, que para hacer al dios propicio al matrimonio de su hija, ha comprado un grano de incienso y coronas de flores para ofrecérselos.

Nunc thusculum emi et hasce coronas floreas
Haec imponentur in foco nostro Lari.

Calides, en los Tres Escudos de Plauto, dice á su mujer:

Larem corona nostrum deco rari volo.

Horacio, en la Oda XXII del Libro III, recuerda esta costumbre cuando dice:

Si thure placaris, et horea
Fruge Lares avidaque porca.

Al celerata iacel sedes in nocte profunda.—La hermosa descripción que Tibulo hace del Tártaro, está tomada de la Rapsodia XI de la Odisea de Homero. Allí se ve á Minos, hijo de Zeus, juzgando á los muertos, sentado, con su cetro de oro en la mano; á Ticio, hijo de Gaya, extendido en la tierra, ocupando una extensión de nueve yugadas; á Tántalo, de pie en un lago cuyas aguas le bañan la barba; á Sísifo, subiendo á la cumbre de la montaña su roca inmensa, y el perro Cerbero arrastrado por Heracles fuera de las mansiones infernales.

En el Libro IV de las Metamorfosis, Ovidio hace una descripción bellísima. Juno, al entrar, ve á Cerbero que levanta su triple cabeza y llama á las tres hijas de la Noche, que se entretienen en peinar sus cabellos erizados de serpientes. Y allí están Ticio y Tántalo, y Sísifo é Ixión girando sobre su rueda, y las descendientes de Belo, las Danaidas, llenando su tonel.

Virgilio presenta también un interesante cuadro en las Geórgicas, Libro IV, cuando Orfeo penetra en la selva negra. Callan entonces pasmadas ante su mágico acento las Euménides, deja de ladrar Cerbero y se detiene la movediza rueda de Ixión.

En la Silva III del Libro V, Estacio, aunque brevemente, reproduce el mismo cuadro de Virgilio.

Tisiphoneque impexa feros pro crinibus angues.
—Tisífone era una de las tres Furias, compañera de Meguera y de Alecto. Era ella la que á las puertas del infierno estaba encargada de castigar á los culpables, y la que aparecía ante sus ojos llenos de asombro, pálida, vistiendo ropas ensangrentadas.

Ovidio, Metamorfosis, Libro IV, 480, hace de Tisífone la más exacta pintura.

Tisiphone madefactam sanguine sumit
Importuna facem; fluidoque cruore rubentem
Induitur pallam; tortoque incingitur angue;

Virgilio, en la Geórgica IV, 482, al describir á las Euménides, dice:

Caeruleosque implexae crinibus anguis
Eumenides;

y en la Eneida, Libro VI, 555, nos la hace ver á las puertas del Tártaro.

Tisiphoneque sedens, palla succincta cruenta,
Vestibulum exsomnia servat noctesque diesque.